

someter al mismo fallo el dogma del pecado original, el de la gracia, el de la inmaculada Concepción, el de la infalibilidad pontificia, ó cualquiera otra de esas pequeñas, sencillas é inocentes verdades en que se funda la teogonía católica."

Herética no, pero absurda, absurdísima sí; por no decir bestial, sería la proposición de someter á arbitramento el dogma del pecado original, el de la gracia, el de la inmaculada Concepción, el de la infalibilidad pontificia que el señor diplomático califica de "pequeñas, sencillas é inocentes verdades en que se funda la teogonía católica."

Ah señor ex-Ministro! señor ex-Ministro! ¿sabe usted lo que ha escrito usted en esas pequeñas frases? En ellas hay insulto grosero á tres millones de colombianos, que creen en esas verdades que usted, fuera de todo estilo diplomático, llama pequeñas, sencillas é inocentes; hay un salirse de la cuestión, ilógico; hay el prurito de escuela y secta que á falta de otra cosa mejor, ó porque no puede decirse otra cosa mejor, ataca lo que es digno de respeto; hay manifestación de rabia y despecho, porque no se puede ó no se sabe defender la cuestión de límites, ó porque no se puede vencer á lo que es invencible por lo inmortal.

La conducta del señor diplomático se parecería á la que pudiéramos seguir nosotros si tratando, como ahora, de manifestar que él no debe, por alto diplomático que sea, insultar la augusta religión de Colombia, que lo recibió generosa en sus brazos cuando nació y que lo consoló generosa cuando se halló á las puertas del sepulcro, hiciéramos un análisis crítico de su traducción del Paraíso perdido de Milton, en que probáramos, cosa harto fácil por cierto, que no se respetaron en ella ni la geografía, ni la gramática, y que no se entendió el original. Hay cuestiones literarias, las hay religiosas y las hay diplomáticas; mezclarlas es malo; porque puede perci-

birse el grito de: Silencio en las filas! y entonces podrían oírnos los sordos.

Toda defensa es legítima; la nuestra es; además sagrada. Colombia es católica; la santa Iglesia es nuestra madre. Un ex-Ministro sale, sin venir al caso, burlándose de sus dogmas; qué debemos hacer? callar? que lo hagan otros. Nosotros llegamos á la tribuna de la prensa para defender lo que creemos la verdad religiosa, verdad profesada por todo Colombia, con excepción de ex-Ministros, *et reliqua*. Que no ataquen, y habrá paz. De lo contrario, guerra; guerra hasta caer muertos de muerte gloriosa al pie de los reverenciados altares de la Religión de la Patria.

¿No faltaba más sino que malévolos escritores ensuciarán el papel, prostituyendo el alto ministerio de la prensa, insultando los dogmas católicos, sin que hubiera una voz, una siquiera, cuando todas callan, que se alzara en su defensa!

Estamos pensando que el ex-Ministro entiende muy poco ó nada de dogmas, cuando habla de teogonía católica. Esta palabra, que significa generación de los dioses, no puede aplicarse sino á cultos paganos: el catolicismo no adora más que á un sólo Dios verdadero. Para impugnar una doctrina, es necesario conocerla: no sabemos si esto lo dirá la diplomacia; pero si lo dicen así la filosofía y el sentido comun. Estamos pensando que los diplomáticos deberían reducirse al manejo de sus protocolos, y harían bien; ó cuando más, en ratos de ocio, á revisar y corregir, como hizo Chateaubriand cuando fué Embajador de Francia en Inglaterra, alguna traducción del Paraíso perdido de Milton.

Hemos procurado siempre no estampar nombres propios, pues creemos que esto es ageno de las cuestiones; si algunas veces quedan transparentes los nombres, la culpa no es nuestra sino de la imposibilidad de explicarnos de otro modo.

Si esperáramos una contestación

propiamente tal, versaría acerca de estos puntos: 1. Pertenece á la cuestión de límites con la vecina república, considerarla bajo el aspecto teológico: 2. Probar que los dogmas del pecado original, de la gracia, de la inmaculada Concepción, de la infalibilidad pontificia son pequeñas, sencillas é inocentes verdades (esto es, mentiras): 3. Probar que el catolicismo es una teogonía; y 4. Que no se insulta al gran pueblo colombiano en su religión con la publicación de estas herejías.

El compensacion habrá lo del *E pur si muove!* de Galileo, aun cuando el astrónomo de Florencia no dijera en su vida tal cosa; habrá lo de "no levantar falso testimonio ni mentir," aun cuando se hayan copiado textualmente las frases que se impugnan; habrá lo de mutilación de textos, aun cuando nos sometamos en las citas al uso ortográfico de los puntos suspensivos, siguiendo al maestro Marroquín y á todos los gramáticos castellanos; habrá mucha Colonia, y mucho Felipe II, y mucho Fernando VII; y mucho fanatismo, y superstición, y santa ignorancia, y progreso, y hasta ferrocarril del Norte, y el alambre que transmite con la velocidad el pensamiento; y otras zarandajas y vejeces. — "Pues, amigo, voy á concluir, diremos con Larra; hace muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por este estilo. Fuera, pues, razones, señor mío: látigo y más látigo: no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones, son cuestiones de nombre; aquí, amigo mío, las más son cuestiones de personas."

UNA SALUS VICTIS

SIEMPRE que el interes de secta ó de partido se mezcla en un asunto, se trata de levantar una polvareda para que no se vea claro.

* El resultado dirá si se completa el verso.

Tal cosa sucede con la cuestión del sufragio popular. Procuraremos en las siguientes líneas desenvolver el enredo, para conocimiento de aquellos de nuestros hermanos que aún están vacilantes.

Es patente la persecución á la Iglesia católica, no solo aquí en Colombia sino en todo el mundo civilizado, en Europa y en América; cosa que ignoran únicamente los que cierran los ojos para no ver y los que se tapan con ambas manos las orejas para no oír. La Revolución anticristiana, á fin de completar su obra, ha puesto la mira en las escuelas y colegios, y sigue con perseverante tezon sembrando el ateísmo, el indiferentismo y el odio á la Iglesia católica. A unos magistrados se suceden otros, sin que por eso cambie el plan; todos llegan al poder animados de los mismos sentimientos.

Para mudar tal estado de cosas no hay más que tres caminos: ó el milagro, ó la revolución ó el sufragio. Un milagro puede obrarlo el Omnipotente; pero Dios no está obligado á hacerlo, y la conducta de los católicos no es tal que dé margen á pensar que pueda realizarse. Nínive se salvó milagrosamente, pero Nínive hizo pública penitencia en la ceniza y el cilicio. La revolución sería una cosa completamente justificada; pero la revolución es remedio extremo de las sociedades azotadas por la tiranía. Resta, pues, la vía del sufragio popular, á que la ley convida hoy á los cundinamarqueses, prometiéndoles cesarán ya el fraude y las supercherías; y es vía que debe ensayarse, para ver si ahora tambien corre ó no la práctica asquerosa é indigna de quien *escreuta, elige*.

Es deber del ciudadano sufragar. Creemos que no habrá uno sólo que revoque á duda esta verdad. Entre los deberes del cristiano no es el menor el que tiene para con la Patria. Este es verdaderamente aquel dar al César lo que es del César, tan citado

someter al mismo fallo el dogma del pecado original, el de la gracia, el de la inmaculada Concepcion, el de la infalibilidad pontificia, ó cualquiera otra de esas pequeñas, sencillas é inocentes verdades en que se funda la teogonía católica."

Herética no, pero absurda, absurdísima si, por no decir bestial, sería la proposición de someter á arbitramento el dogma del pecado original, el de la gracia, el de la inmaculada Concepcion, el de la infalibilidad pontificia que el señor diplomático califica de "pequeñas, sencillas é inocentes verdades en que se funda la teogonía católica."

Ah señor ex-Ministro! señor ex-Ministro! ¿sabe usted lo que ha escrito usted en esas pequeñas frases? En ellas hay insulto grosero á tres millones de colombianos, que creen en esas verdades que usted, fuera de todo estilo diplomático, llama *pequeñas, sencillas é inocentes*; hay un salirso de la cuestión, ilógico; hay el prurito de escuela y secta que á falta de otra cosa mejor, ó porque no puede decirse otra cosa mejor, ataca lo que es digno de respeto; hay manifestación de rabia y despecho, porque no se puede ó no se sabe defender la cuestión de límites, ó porque no se puede vencer á lo que es invencible por lo inmortal.

La conducta del señor diplomático se parecería á la que pudiéramos seguir nosotros si tratando, como ahora, de manifestar que él no debe, por alto diplomático que sea, insultar la augusta religion de Colombia, que lo recibió generosa en sus brazos cuando nació y que lo consoló generosa cuando se halló á las puertas del sepulcro, hiciéramos un análisis critico de su traducción del Paraíso perdido de Milton, en que probáramos, cosa harto fácil por cierto, que no se respetaron en ella ni la geografía, ni la gramática, y que no se entendió el original. Hay cuestiones literarias, las hay religiosas y las hay diplomáticas; mezclarlas es malo; porque puede perci-

birse el grito de: Silencio en las filas! y entónces podrian oírnos los sordos.

Toda defensa es legítima; la nuestra es además sagrada. Colombia es católica; la santa Iglesia es nuestra madre. Un ex-Ministro sale, sin venir al caso, burlándose de sus dogmas; qué debemos hacer? callar? que lo hagan otros. Nosotros llegamos á la tribuna de la prensa para defender lo que creemos la verdad religiosa, verdad profesada por todo Colombia, con excepcion de ex-Ministros, *et reliqua*. Que no ataquen, y habrá paz. De lo contrario, guerra; guerra hasta caer muertos de muerte gloriosa al pié de los reverenciados altares de la Religion de la Patria.

¿No faltaba más sino que malévolos escritores ensuciaran el papel, prostituyendo el alto ministerio de la prensa, insultando los dogmas católicos, sin que hubiera una voz, una siquiera, cuando todas callan, que se alzara en su defensa!

Estamos pensando que el ex-Ministro entiende muy poco ó nada de dogmas, cuando habla de *teogonía católica*. Esta palabra, que significa generación de los dioses, no puede aplicarse sino á cultos paganos: el catolicismo no adora más que á un sólo Dios verdadero. Para impugnar una doctrina, es necesario conocerla: no sabemos si esto lo dirá la diplomacia; pero si lo dicen así la filosofía y el sentido comun. Estamos pensando que los diplomáticos deberian reducirse al manejo de sus protocolos, y harían bien; ó cuando más, en ratos de ocio, á revisar y corregir, como hizo Chateaubriand cuando fué Embajador de Francia en Inglaterra, alguna traducción del Paraíso perdido de Milton.

Hemos procurado siempre no estampar nombres propios, pues creemos que esto es ageno de las cuestiones; si algunas veces quedan transparentes los nombres, la culpa no es nuestra sino de la imposibilidad de explicarnos de otro modo.

Si esperáramos una contestacion

propiamiento tal, versaria acreca de estos puntos: 1. Pertenece á la cuestión de límites con la vecina república, considerarla bajo el aspecto teológico: 2. Probar que los dogmas del pecado original, de la gracia, de la inmaculada Concepcion, de la infalibilidad pontificia son pequeñas, sencillas é inocentes verdades (esto es, mentiras): 3. Probar que el catolicismo es una teogonía; y 4. Que no se insulta al gran pueblo colombiano en su religion con la publicacion de estas herejías.

En compensacion habrá lo del *E pur si muovel* de Galileo, aun cuando el astónomo de Florencia no dijera en su vida tal cosa; habrá lo de "no levantar falso testimonio ni mentir," aun cuando se hayan copiado textualmente las frases que se impugnan; habrá lo de mutilacion de textos, aun cuando nos sometamos en las citas al uso ortográfico de los puntos suspensivos, siguiendo al maestro Marroquin y á todos los gramáticos castellanos; habrá mucha Colonia, y mucho Felipe II, y mucho Fernando VII; y mucho fanatismo, y supersticion, y santa ignorancia, y progreso, y hasta ferrocarril del Norte, y el alambre que transmite con la velocidad el pensamiento; y otras zarandajas y vejeces.

"Pues, amigo, voy á concluir, digámos con Larra; llácese muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por este estilo. Fuera, pues, razones, señor mio: látigo y más látigo: no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones, son cuestiones de nombre; aquí, amigo mio, las más son cuestiones de personas."

UNA SALUS VICTIS...

SIEMPRE que el interes de secta ó de partido se mezcla en un asunto, se trata de levantar una polvareda para que no se vea claro.

* El resultado dirá si se completa el verso.

Tal cosa sucede con la cuestión del sufragio popular. Procuraremos en las siguientes líneas desembrollar el enredo, para conocimiento de aquellos de nuestros hermanos que aún están vacilantes.

Es patente la persecucion á la Iglesia católica, no solo aquí en Colombia sino en todo el mundo civilizado, en Europa y en América; cosa que ignoran únicamente los que cierran los ojos para no ver y los que se tapan con ambas manos las orejas para no oír. La Revolucion antieristiana, á fin de completar su obra, ha puesto la mira en las escuelas y colegios, y sigue con perseverante tezon sembrando el ateismo, el indiferentismo y el odio á la Iglesia católica. A unos magistrados se suceden otros, sin que por eso cambie el plan; todos llegan al poder animados de los mismos sentimientos.

Para mudar tal estado de cosas no hay más que tres caminos: ó el milagro, ó la revolucion ó el sufragio. Un milagro puede obrarlo el Omnipotente; pero Dios no está obligado á hacerlo, y la conducta de los católicos no es tal que dé margen á pensar que pueda realizarse. Nínive se salvó milagrosamente, pero Nínive hizo pública penitencia en la ceniza y el cilicio. La revolucion sería una cosa completamente justificada; pero la revolucion es remedio extremo de las sociedades azotadas por la tiranía. Resta, pues, la via del sufragio popular, á que la ley convida hoy á los cundinamarqueses, prometiéndoles cesarán ya el fraude y las supercherías; y es via que debe ensayarse, para ver si ahora tambien corre ó no la práctica asquerosa é indigna de quien es *cruta, élige*.

Es deber del ciudadano sufragar. Creemos que no habrá uno sólo que revoque á duda esta verdad. Entre los deberes del cristiano no es el menor el que tiene para con la Patria. Este es verdaderamente áquel dar al César lo que es del César, tan citado

BNC Sala 3 11379 y 707 - 708 cont 12.12.27.6.5
Bog. Abril 30 1874 # 450520 IX

por la escuela liberal, que hasta aquí no anda errada: yerra sí cuando quiere no sólo que se dé a César lo que de César es, si no cuando intenta que se dé a César lo que es de Dios y de los particulares.

Si es un deber sufragar en las públicas elecciones, ¿por quiénes deberá verificarse? Pues claro está, por aquellos ciudadanos que puedan contribuir a que cese la persecucion de la santa Iglesia de Jesucristo. Si no se vota, ó no se vota por los buenos, ¿habrá esperanza siquiera de que cambie el estado de persecucion? Seria una cosa irracional responder afirmativamente á esta pregunta.

Son notables á este respecto las palabras de Pio IX respondiendo á la Asociacion general de los católicos de Alemania.

“Si habeis de proteger la enseñanza de la Iglesia no ménos que el derecho y el libre ejercicio de la religion en el dominio de la vida pública, no puede vuestra Asociacion en estos momentos alcanzar su fin si no traspasa los límites respectivos de la piedad privada, si no os oponéis por cuantos medios os suministra la Constitución á la ilimitada arbitrariedad y á todo ese cúmulo de leyes injustas que hoy se están dictando contra la Iglesia.”

En virtud de esto el Episcopado ordenó á los fieles sufragar, y el resultado fué que hubo una quinta parte más de diputados católicos en el Reichstag alemán.

El deber del ciudadano es sufragar, no ganar la eleccion. No votar porque el resultado puede ser adverso, es sistema bentamista. Cumpla cada uno con su obligacion; que Dios hará entónces lo demas.

Habrán algunos que digan: Ved como LA CARIDAD interviene en elecciones! esa no es caridad.—Necios! les responderemos nosotros, LA CARIDAD cumple con un deber de conciencia y, como todo hijo de vecino, hace uso de un derecho legitimo y constitucional;

y la mayor caridad que se conoce es tenerla con todo el pueblo colombiano, y con la santa Iglesia católica, apostólica y romana á la que se deterrará de nuestra Patria si siguen las cosas como van.

LA VOZ DEL PAPA.

¿La oisteis, la oisteis poco há la voz todavía serena y poderosa del afligido prisionero del Vaticano, que desde el fondo de su cautiverio acaba de dirigírsenos á los católicos de todo el mundo? ¿Habeis leído esa magnífica allocucion en que, levantándose enérgica la autoridad pontificia sobre todos los pueblos y sobre todos los tronos, denuncia y condena con majestad sin igual todas las iniquidades y todas las opresiones? Las que comete el Emperador de Alemania en nombre del absolutismo, como las que comete la republicana Suiza en nombre de la libertad; las pérfidas conciliaciones de Víctor Manuel como los hipócritas arreglos del Clero de Montero Rios, sobre todo pronuncia su fallo severo el Vicario de Cristo, á todo llama con sus verdaderos nombres, para que conozca el mundo y apunte la Historia imparcial, que todavía en nuestros tiempos, y á pesar de todos los pesares, hay cátedra de verdad y hay oráculo de Dios vivo sobre la tierra.

La prensa oficial alemana suelta con este motivo verdaderos rugidos de ira. Los adúladores de Bismarck, los cortesanos del militarismo triunfante, los que han cantado himnos á la fuerza brutal desde que la han visto empleada contra los intereses de la Iglesia y á favor de las piraterías italianas, no aciertan á concebir cómo un hombre, un hombre sólo, sin remingtons ni armstrongs, sin un palmo de terreno en que reinar, sin otras armas que una mano para bendecir y unos labios con que fulminar divinos anatemas, se atreva á tanto, á tanto como censurar á la faz del mundo la

conducta del soberbio Emperador que ayer ha aplastado en seis meses á la Francia, y hoy domina con su diplomacia á los demas Estados de Europa! Que el Papa hablara alto y recio á la tísica España de la revolucion, ó á la podrida Italia del *galantuumo*, ó á los principillos de Baviera, se concede al fin, porque cuesta poquísimo ser valiente con los moribundos; pero desafiar así el poder de los vencedores de Sadowa, de Metz y de Sedan, en todo el apogeo de su gloria, en el lleno de su poderío, en la embriaguez de sus recientes triunfos, quién lo hace sino el Papa? ¿Y cómo podría hacerlo el Papa, si no fuese la verdad? ¿Y cómo podría sostener el Papa esa voz no enflaquecida por los años, ni ahogada por el furor de las tormentas, si no hubiese una mano poderosa que á él le sostuviese? ¿Y quién hay que pueda mantener á tal altura la voz y la autoridad de un hombre inerme, si no el poder y la asistencia de Dios?

Al apoderarse de Roma las huestes piamontesas, una voz satánica exclamó con harta precipitacion y ligereza: “Ya no hay Papa!” Pio IX, ó mejor, Dios por medio de él se ha encargado de demostrarle y demostrarlos que hay todavía Papa.

Sí, todavía hay Papa! Las olas de ese Diluvio de corrupcion y de mentira y de infamia que nos invaden y que como las del Diluvio parecen cubrir ya la cima de los montes más elevados, pueden crecer algunos palmos aún; seguros estamos de que no llegarán á cubrir la cumbre de esta montaña altísima, porque cuanto más ellas crezcan y suban su nivel, tanto más crecerá ella y se levantará. El Pontificado es esa montaña en cuya cima siempre amenazada por la inundacion de la plebe revolucionaria y por los truenos y rayos de los poderosos, resplandee siempre la luz serena y tranquila del sol de mediodía. Den las tinieblas reinan á su alrededor; las instituciones más poderosas han sucumbido á sus piés victimas del hu-

racan; todo en torno suyo vacila, bambolea y desaparece un momento después, sin dejar otro rastro de sí que el recuerdo fugaz de su existencia que recoge compasiva la Historia. El Pontificado no necesita este recuerdo compasivo de la Historia, porque vive eternamente á par de ella y á ella sobrevivirá. Y los que luchamos con todos los elementos del mal, y envueltos en su torbellino gemimos aquí en la llanura á los piés de esta altísima montaña, nos consolaremos y nos alentaremos siempre, mirándola y viéndola siempre en pié, y siempre iluminada con los reflejos del cielo.

¡Lástima da contemplar los proyectos de los hombres y escuchar sus propósitos y leer sus discursos! A principios de este siglo era Napoleon el Grande quien pretendia pisotear el Pontificado; recientemente fué Napoleon el Chico quien se propuso hacerle satélite de su mezquina política. ¿Dónde están ambos Napoleones? Ayer se llamaba Nicolas de Rusia el que oprimia á los católicos de su Imperio: hoy se llama Guillermo de Prusia el que azota á los del suyo. ¿Dónde está el orgullo de Nicolas, y donde estará dentro de poco el orgullo del prusiano? *Toda carne es heno, dice un Profeta, y toda su gloria como flor del campo. Secóse el heno y cayó su flor, porque el Señor soplo sobre ellos. Y añade luego: Mas la palabra del Señor permanece eternamente.* Y la palabra de Dios es el Pontificado.

Aguardemos el soplo de Dios sobre tanto heno orgulloso que presume hoy de su poder y de su efimera grandeza. Fíemos, lector amigo, fíemoslo todo en la voz del Papa, en la palabra de Dios que eternamente permanece.

(La Revista Popular.)

HONOR AL MERITO.

Nuestro compatriota el doctor don Andres Posada Arango, catedrático de botánica y zoología en la Universidad